

# EN TORNO A LA GLOBALIZACIÓN: ASPECTOS QUE HACEN A LA TEMÁTICA MILITAR ARGENTINA



MIGUEL OSCAR CATOLINO

*El capitán de navío Miguel Oscar Catolino egresó como guardiamarina en 1955. Fue Comandante del remolcador ARA Ona, del buque oceanográfico ARA Goyena y del destructor ARA Bouchard, Segundo Comandante del portaaviones ARA 25 de Mayo y director del Liceo Naval "Almirante Storni".*

## La conflictiva realidad económica que atraviesan

varias naciones latinoamericanas, entre las cuales sobresale dolorosamente la nuestra, y las consecuencias agobiantes que ella acarrea sobre el convulsionado panorama socio-político en el que se desenvuelven sus pueblos, ha puesto en tela de juicio el tema de la globalización. Son muchos los que piensan que la retahíla de males actuales son su lógica secuela, por lo que se le endilgan todas las penurias presentes, la del pasado inmediato y las probables del próximo futuro. Desde ese privativo punto de vista, yérguese esta manera de entender el mundo y las relaciones que lo rigen como un monstruo mitológico devorador de débiles y convalecientes. Tamaña visión apocalíptica, en general patrocinada por partes interesadas y descontentos de distintas extracciones, invita a un desafío para tratar de analizarla e intentar una evaluación aproximada de sus alcances y derivaciones, en particular las que pueda tener en el ámbito militar.

Será conveniente entonces, dado su aparente fama de inédito, tratar, en primer término, de comprender su naturaleza y esencia. Una mirada histórica será fundamental pues, como mucho de lo que transita por este mundo, podría ser una repetición más de hechos anteriores pero con la nueva envoltura que le da su actualidad, cambiando su apariencia pero no los rasgos sustanciales que lo caracterizan. Si hablamos de historia es porque estamos suponiendo que el fenómeno no es nuevo ya que entendemos que globalizaciones hubo siempre desde que un pueblo con suficiente poderío militar, económico o cultural comenzó a expandirse y hacer sentir su influencia e imponer sus normas sobre sus vecinos, inmediatos primero, mediatos después y finalmente lejanos. Quizás el Imperio Romano con su Marenostrom, sus legiones, sus construcciones colosales y la sabiduría de sus leyes sea el ejemplo más acabado de esta apreciación. Pero hubo otras globalizaciones anteriores y posteriores aunque ninguna con la magnificencia que caracterizó al espléndido legado de Julio César. El imperio carolingio, el austro-húngaro, el de Felipe II, en cuyos dominios nunca se ponía el sol, y hasta la U.R.S.S., de efímera existencia en términos históricos, como también la expansión de los imperios azteca e incaico en la América precolombina, son otras y algunas de las apariciones del fenómeno que se han sucedido a lo largo de la historia. Todas ellas se verificaron en espacios geográficos extendidos pero limitados. La que hoy vivimos, pese a su extraordinario desarrollo, también participa de esta restricción. Vastas regiones habitadas de la Tierra no están globalizadas y ni siquiera pueden exhibir mínimamente algunos de los rasgos que distinguen a las que sí lo están. Son muchos los pueblos que sumidos en el atraso más abyecto perma-



**BCN**

Número 806

Enero/diciembre de 2003

Recibido: 19.4.2002

necen fuera de la órbita del fenómeno y de sus presumibles ventajas. Queda aclarado entonces que la actual globalización no comprende a todos y a cada uno de los espacios del planeta como podría interpretarse si se toma el significado de “globalización” en un sentido estricto. Al igual que en el pasado, la presente globalización abarca sólo a una parcialidad (importante) de la humanidad. De modo que lo que viene a ser nuevo es la palabra que lo designa, no el concepto que ésta trata de expresar. Pero esa palabra ha irrumpido con tal fuerza en los medios de comunicación que, impactando en los más variados ambientes no necesariamente intelectuales ni económicos, ha pasado a ser la inevitable referente del mundo moderno. Pero las palabras son meras formas cuya utilidad está en lo que pretender decir; libradas de significado son simplemente formas fútiles, carentes de valor. Lo que interesa, desde luego, son las ideas. La idea de globalización, en principio, dista de ser novedosa.

### **Definición**

La voz globalización, en su acepción pura, podría ser sinónimo de mundialización, universalización, cosmopolitización, internacionalización y hasta ecumenización, pero a ella y sólo a ella se le ha adosado un fuerte y casi exclusivo componente económico que la diferencia de los anteriores procesos integradores que registra la historia otorgándole un sesgo tan propio e intransferible que sirve, por el momento, para designar y calificar a la época actual.

Por lo pronto, ensayaremos una definición de dicho fenómeno que, sin ser excluyente, aclare la índole de estas indagaciones. Desde este punto de vista se entiende por globalización a una proyección de los países centrales (el así llamado G7, o G8 si consideramos la reciente inclusión de Rusia a dicha organización) sobre el resto de las naciones, con la imposición de normas de coexistencia que permitan a dichos países asegurarse mercados para su producción principalmente industrial y de servicios y al resto la obtención de algunos beneficios crediticios y de acceso a información científica y tecnológica más algún nicho, no demasiado importante, en el mercado mundial. Así, entre todos, se compone una especie de club informal de socios desiguales. Para acceder a él, los más débiles deben cumplir con una serie de requisitos en su orden interno: estado de derecho, economías sujetas a fiscalización por parte de los organismos de control financiero y el cumplimiento de previsibles y aceptadas conductas en la relación internacional. Si bien razonables, son, en cierto modo, un avance sobre la soberanía de las naciones, pero esa exigencia no se hace por medio de fuerzas militares sino por el también muy efectivo y quizás algo menos cruento poder económico, ya sea éste el que manejan los gobiernos de las potencias rectoras o el de la actividad privada aglutinada en las grandes corporaciones multinacionales. Más allá de donde provenga, la ley del más fuerte sigue siendo siempre la que prevalece. Como puede apreciarse, la globalización tiene entonces un carácter eminentemente fáctico, alejado de teorizaciones previas que lo sustenten. La globalización existe porque el mundo de la posguerra fría se sumergió impensadamente, y hasta el ataque terrorista a las Torres Gemelas, en una relativa paz; porque hay una nación hegemónica y porque las comunicaciones, al ritmo del avance tecnológico, se han desarrollado en forma vertiginosa. La intrusión descrita sobre la soberanía de las naciones pone sobre ascuas el concepto otrora sagrado de Estado, que se ve así cuestionado, empobrecido y debilitado.

### **Economía y cultura**

En esta realidad, la economía ha pasado a ser la regidora del presente, como alguna vez pudo haber sido la filosofía o la religión. Claro que invariablemente la economía, en cuanto a la administración de bienes siempre escasos, ha ocupado un lugar de preeminencia en las preocupaciones de gobernantes y gobernados pero nunca como ahora ha estado tan estudiada, elaborada, prestigiada y difundida. Cuando en el siglo XIX Carlos Marx es-

cribió *El Capital*, una obra cuyo sólo título da idea de su contenido fundamentalmente económico, la doctrina que en ella preconizaba tardó décadas en hacer sentir los efectos (nefastos) de su aplicación. A Marx, a la luz de los significados que rigen hoy en la jerga en uso para estas cuestiones, podría considerársele como lo que ahora es un consultor económico, o un “gurú”, como con un dejo de sorna pero también de respeto se los conoce en el ambiente de las altas finanzas, especie de modernos Nostradamus, para el caso del padre del comunismo con especialización en las conflictivas relaciones entre patronos y obreros. Pero la prédica del filósofo alemán, en su momento, sólo tuvo eco entre un reducido grupo de intelectuales cercanos. Los modernos gurúes, mucho más abundantes que en esa época, tienen por el contrario una influencia inmediata a través de sus predicciones, con frecuencia deslumbrantes, pero de cuya verificación el tiempo (que todo lo olvida) se ha de encargar muchas veces de refutar.

Muchos se preguntan si será el destino de estos tiempos la aceptación plena de la economía, con la consecuente exaltación de un economismo tiránico que achata al mundo, lo torna indiferente a las altas manifestaciones del espíritu y destaca engañosamente la imagen del hombre competidor, “ganador” sin escrúpulos, pero triunfador. La ética del éxito y del lucro impone sus rigores y pinta un panorama desolador, un reino en donde la solidaridad es inexistente y sólo se acatan los dictados de un egoísmo atroz que termina consumiendo a sus cultores, víctimas finales de su misma ambición. Esto sucede porque con la globalización, al ensancharse los escenarios en juego, los competidores se multiplican y por la mentada desigualdad del sistema muchos están mejor posicionados que otros en la alocada e inevitable carrera hacia la conquista de un mercado o la más modesta, pero mucho más patética, por un humilde puesto de trabajo.

Otros tantos sostienen que la realidad de las circunstancias imperantes no se discute, se acepta y se lucha para sacar provecho de ella. Ésta parece ser la vía más expeditiva para el progreso, la más afín con el innato espíritu de lucha y superación que anima desde sus orígenes al ser humano y que lo eleva desde su primigenia y desvalida condición de *homo erectus* a su actual grado de evolución, alejado de todo primitivismo, al menos en sus características externas. Esta postura aparece así como la más sensata y como tal debe aceptársela si no se quiere quedar fuera de la historia, sumergidos en el atraso y la marginación. Esto no significa en modo alguno someterse sin más a voluntades o caprichos ajenos y permitir que el proceso nos haga desaparecer como nación, si entendemos como tal a un conjunto de individuos unidos por caracteres más o menos homogéneos y a la búsqueda de un proyecto común de realización como sociedad. Para ello convendrá tener en claro que una cosa es la globalización y otra muy distinta la aculturización en la que aquélla nos puede hacer caer. La cultura es la marca de una nación, es lo que la distingue, lo que la diferencia de otras. Porque, ahondando en el concepto, ¿qué es una nación sino una visión compartida, una estrategia común y una preocupación permanente por el bienestar de las presentes y futuras generaciones, además de un plexo de valores aceptados por la mayoría de la comunidad? Todo esto se inscribe en el marco de la cultura que ha sido desde siempre el camino más apto para sustentar la pervivencia de un pueblo. La filosofía griega todavía ilumina a Occidente y el derecho romano sigue vigente en el espíritu de sus leyes. Ambos son productos excelsos de la cultura que los produjo.

Hay en los pueblos una tendencia natural a rechazar culturas ajenas aunque a menudo se proclame lo contrario. Ese rechazo posiblemente sea resabio de remotos tribalismos pero también puede verse en él una especie de antídoto contra predominios extraños, distantes del propio temperamento, un aferramiento, por inercia o convencimiento hasta cierto punto natural, por mantener la propia manera de ser. Pero es, a la vez y sobre todo, un lastre para un desarrollo provechoso y creciente. Incorporar lo bueno, lo que puede ayudar al progreso y dejar de lado lo que los tiempos van demostrando que ha sido superado, que ha caído en la obsolescencia, que tiene reemplazos mejores, es señal de buen criterio, de una mente maleable, abierta a influencias benignas y alejada de injustificados fervores localistas.

## El mar

En lo económico, es pues la globalización el paisaje inevitable por donde circula la modernidad. Allí el mar se presenta como la necesaria vía del gran comercio internacional, como siempre lo fue, pero que ahora asume una trascendencia fundamental debido al incremento acelerado del intercambio de productos. Quizá sea éste, el comercio, el beneficio más positivo de la globalización y el que sustenta, con su aporte de riqueza y por el inherente intercambio que implica, no sólo de mercancías sino de otras facetas más sutiles de la vida de relación, a todos sus otros aspectos. En lo material, portacontenedores cada vez más grandes y de sofisticada tecnología, al igual que graneleros, buques tanques, factorías, transportes y otros ingenios, surcan los mares moviendo la riqueza de un punto a otro del planeta. Más allá de las periódicas crisis por las que suele atravesar el comercio marítimo, todo indica que ese tráfico va a ser cada vez mayor. Los Estados marítimos se verán impelidos así a ejercer una activa vigilancia y control sobre dicho tráfico para que nada ponga en situación de riesgo su operatoria ágil y segura. Las Armadas y las fuerzas de seguridad marítimas, integradas o no, cobran así un incuestionable protagonismo. Obviamente una integración de sus estructuras redundaría en beneficio de una operatoria más racional, económica y eficaz. Esta última observación se patentiza especialmente en nuestro país, en el cual ambas fuerzas cumplen en este aspecto funciones similares sin que queden muy claras las respectivas áreas de responsabilidad, produciéndose así, en la vigilancia y control del mar continental, una indeseada superposición de funciones.

## Globalización o fragmentación

A comienzos de la década pasada, dos teorías igualmente respaldadas por una tarea de investigación vasta y precisa, se disputaban la primacía. Ambas pronosticaban cuál sería el rumbo que tomaría la humanidad en el futuro inmediato. Era la época de la posguerra fría, cuando la caída del Muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética parecían preannunciar la llegada de una era de notoria bonanza, en la que la paz, la fraternidad y la prosperidad serían bienes al alcance de la mano y la construcción de un mundo mejor para todos, una tarea posible a ser encarada en forma conjunta por todas las naciones. Sobre esta idea flotaba, como una nube de sombra bienhechora, una palabra de cuño reciente que parecía describir de un solo trazo este cuadro de edénico bienestar: globalización.

Con un poco de imaginación y de hilar delgado, quizá pueda verse en esa denominación una cierta altanería, una muestra más de la eterna e incurable soberbia que el hombre arrastra consciente o inconscientemente desde su misma aparición sobre la Tierra. Ahora, que ha podido contemplarla desde el espacio exterior y desde la misma Luna, al nombrar de esta manera al proceso actual, está en cierta forma comparando despectivamente lo que hasta hace pocas centurias era el mismo universo, inmenso, desconocido y temible, con un breve receptáculo de materia flexible que una vez inflado sirve para que jueguen los niños o como objeto de decoración en fiestas de cumpleaños.

Francis Fukuyama, el autor de una de estas teorías, sostenía que el mundo se dirigía indefectiblemente a la construcción de una nueva sociedad en la cual la democracia, el mercado y el libre comercio impondrían sus leyes en todas las naciones y que alcanzada la plena vigencia de éstos la vida se deslizaría sin zozobras en un permanente estado de algo muy parecido a la felicidad, alcanzándose así lo que él denominó metafóricamente “el fin de la Historia”.

Samuel Huntington, autor de la otra teoría, por el contrario, afirmaba que las naciones se agruparían alrededor de las civilizaciones a las cuales pertenecían desarrollándose cada una de éstas según sus propias normas dictadas, fundamentalmente, por la religión que era además el principal elemento aglutinante. Lo que conocemos como Occidente no era más que una de esas civilizaciones –por cierto la más importante– sobre un total de ocho. En su concepción, considera a América Latina como un vástago de la civilización

Occidental, que incorpora elementos de civilizaciones indígenas cuya influencia oscila entre dos extremos, uno de los cuales ubica a la Argentina y Chile. Como observa que los mismos latinoamericanos están divididos a la hora de identificarse a sí mismos —en cuanto a su pertenencia a Occidente— aprecia que la convergencia entre ambas civilizaciones no será fácil, probablemente tomará forma lentamente a lo largo del siglo XXI y puede que nunca se consume. Sin embargo, en su opinión, las diferencias entre Latinoamérica y Occidente siguen siendo pequeñas, en comparación a las existentes entre Occidente y las restantes civilizaciones.

Ambas teorías contaban con un similar grado de credibilidad. Algunos datos de la realidad daban la razón tanto a uno como a otro de estos dos grandes pensadores. La de Fukuyama crecía y se desarrollaba de la mano de cada avance en ciencia y tecnología. La palmaria lógica de los mercados la reforzaba y a la vez se apoyaba en ella para dar abrigo a los emprendedores que se percataban de más y mejores posibilidades de negocios en un mercado que se ampliaba día a día. El notable desarrollo de muchas empresas, como las basadas en las posibilidades que brinda Internet, la telefonía celular, las comunicaciones satelitales, la robotización de la industria, la logística aplicada, la tercerización de los procesos accesorios y otras más situadas en la cresta de la ola de este avance de apariencia imparable, son algunos ejemplos. Hay otros más sutiles y menos evidentes pero igualmente convincentes, entre otros, el uso generalizado del idioma inglés como *lingua franca* en rubros tales como el comercial y el científico, amén de expresiones muy divulgadas de la llamada cultura *pop*, siendo la música *rock* quizás su rasgo más emblemático. También lo indeseable: el avance de la pornografía y del consumo de drogas. Ambos, de la mano del marcado hedonismo de una moral decadente que amenaza con erigirse en patrón de conducta de amplios segmentos sociales, entre los que sobresale el más preocupante: la juventud.

Por su parte, la visión de Huntington, si se quiere más conservadora y pesimista que la anterior, se reflejaba en el abroquelamiento en la religión de vastas regiones del globo. No hace falta citar al islamismo como su ejemplo más expresivo. El apoyo de todas los países árabes a la causa palestina, bien que en una gama extendida de intensidad, es prueba de ello. Asimismo, la resistencia a los invasores chinos del Tibet hay que rastrearla en el acendrado budismo de su población. La iglesia ortodoxa acompañó desde siempre al expansionismo ruso y es uno de los factores aglutinantes de “la madrecita Rusia”, como los rusos denominan alegórica y tiernamente a su país. Asimismo el pueblo judío, disgregado por la diáspora y en general integrado a Occidente, se mantiene unido a través de una cultura basada en un cúmulo de valores sustentados por la religión. Asimismo es evidente que uno de los elementos que más coadyuvan a una todavía insuficiente unión iberoamericana es la general aceptación del catolicismo por parte de sus naciones componentes.

Todo el optimismo de la visión de Fukuyama se oscurecía frente a los anuncios de Huntington. Pese a que el mundo no conoció una paz total y prometedora desde los años que siguieron a la disolución de la Unión Soviética puesto que hubo guerras muy crueles, hasta el brutal atentado de Nueva York, al ritmo del avance tecnológico que acortaba tiempos y distancias y del crecimiento económico provocado por el incremento del comercio internacional, parecía percibirse una ligera tendencia favorable a los pronósticos del primero de los citados. Después de esa violenta e incalificable agresión la tendencia pareció revertirse y cobrar vigor la teoría de Huntington. Sus libros fueron desempolvados, se convirtieron nuevamente en *best sellers* y los analistas internacionales volvieron a recorrer sus páginas buscando la clave de la nueva era que se avecinaba. La globalización, palabra que evoca más a Fukuyama que a este último, por el contrario, parecía ir en camino de vaciarse de significado y desvanecerse como un sueño demasiado bueno para ser realidad. Sin embargo, poco a poco, a medida que los ánimos se van aplacando y se restañan las heridas producidas (cuyas cicatrices no se borrarán nunca), todo parece seguir su curso y la meta de una mayor interrelación entre las naciones sigue vigente. Hoy por hoy, la globalización goza de buena salud.

La invasión a Irak por parte de los EE.UU. sin el aval de las Naciones Unidas y con la oposición de algunos de sus aliados europeos más importantes, ha dado un duro golpe al *status* formal y jurídico de las Naciones Unidas y restado confiabilidad a su capacidad y verdaderas posibilidades de cumplir con su misión fundamental: la de impedir conflictos armados y preservar la paz mundial. Más allá de las motivaciones y justificaciones que haya presentado EE.UU. para llevar este *casus belli* a sus extremos, lo cierto es que la globalización se ha visto impactada ambiguamente por esta resolución terminal. Por un lado, imperfecta o no, las Naciones Unidas, al reunir en su seno a todos los países del mundo, son una materialización manifiesta de la globalización. Una acción de esta naturaleza, armada por fuera de este organismo, le quita autoridad y vigencia. Por otro, el hecho en sí es una expresión contundente y sin ambages de la hegemonía reinante, algo que según se ha visto está íntimamente ligado a la globalización. Con sus más y sus menos, ambas acciones se neutralizan entre sí en lo que atañe al grado de afectación sobre el fenómeno y no alteran mayormente lo hasta aquí expresado.

### **Fuerzas armadas**

En este panorama de tantas, variadas y fuertes presencias internacionales –superpotencias, OTAN, consorcios empresariales de enorme poderío económico, dominantes cadenas de multimedios informativos, ONG de influencia cada vez más destacada y la misma ONU con sus organismos derivados– las fuerzas armadas de países como el nuestro aparecen, en una primera apreciación, como desleídas en su razón de ser. No faltan quienes sostienen que ha llegado el momento de replantear su mera existencia o, al menos, las funciones que hasta ahora y desde tiempos históricos vienen cumpliendo, entre las que se destaca fundamentalmente la defensa del territorio nacional y de sus valores tradicionales, función esta última que aunque comparte con otros estamentos de la sociedad tiene en ellas una fuerte connotación institucional. La miopía en boga con la que hoy se observa a la función militar no debe sorprendernos; ya a principios de los noventa, el prestigioso político uruguayo Julio María Sanguinetti escribía en un ensayo sobre la transición democrática en América Latina: *“Uno de los mayores vacíos en la formación de la dirigencia política latinoamericana es su escasísimo conocimiento del tema militar”*. A tenor de los muchos o pocos discursos que se escuchan de boca de políticos de nuestro medio, vemos que ese vacío no se constrañe a lo meramente técnico sino que abarca cuestiones tan de fondo como la razón de ser de las fuerzas armadas. Siendo así, aunque resulte obvio recordarlo, no está de más insistir en que las fuerzas armadas son parte del Estado y no se las concibe fuera de él. Patria y Estado conforman el sustento básico de su razón de ser. Que el Estado es el ámbito propio de las fuerzas armadas es cosa por demás sabida, pero lo de Patria a veces da la impresión de que ha perdido vigencia y, sin embargo, si las fuerzas armadas fuesen nada más que servidoras del Estado estarían en una posición muy próxima a la de una milicia mercenaria. Lo que las eleva de esa condición es el amor y la lealtad que deben a la Patria, el bien supremo de todos los argentinos.

La omnipresencia de la Patria se manifiesta no sólo en las múltiples y permanentes manifestaciones de lo formal (la más ilustrativa posiblemente sea la contestación que se da al superior cuando en ceremonias y otras ocasiones solemnes requiere a la tropa subordinación y valor: “¡Para defender a la Patria!”) sino también en el cuerpo legal que establece las bases de la profesión y en los reglamentos derivados para su ejercicio. El Código de Justicia Militar es bien explícito en este aspecto –el delito de traición a la Patria está penado con la pena de muerte– y en nuestro ámbito particular, con sólo recorrer las páginas del Reglamento de Ceremonial Naval se tendrá una apreciación del grado de detalle con que se honra a los símbolos nacionales. De modo pues que ante la aparente licuación del concepto de Estado con el consiguiente arrastre del de Patria, ya que ambos vocablos están de algún modo ligados, las fuerzas armadas quedan sin su principal sustento fundacional, ése que le da vida, entidad y carácter. De ahí a buscar alternativas a su misión dista sólo un paso y entonces con irresponsable ligereza se barajan distintas posibilidades que pretenden distraerlas de su fin específico.

Por supuesto que la actividad castrense es amplia y entran en ella componentes diversos a los cuales es necesario dar su importancia, pero siempre que no atente contra lo principal que es simplemente la preparación para la guerra en defensa de ese supremo bien común que llamamos Patria. La guerra, con su pesadosa secuela de sangre y sufrimiento, es algo traumático y aciago que nadie en su sano juicio puede desear. Pero es una realidad a la que todos los intentos habidos para erradicarla del humano acontecer, muy meritorios desde todo punto de vista, han tenido un éxito efímero o han sido simplemente vanos. Quizás eso se deba a que van contra una parte de la naturaleza humana, en la cual se sabe que conviven ángeles y demonios. Los enciclopedistas del siglo XVIII no de equivocaban cuando advertían: *“Rascad al hombre civilizado y aparecerá el salvaje”*, y más recientemente, el eminente escritor ruso –implacable crítico del comunismo pero también de la sociedad occidental– Alexander Szolhenitsyn, decía más o menos lo mismo pero con el barniz embellecedor de su prosa y de la espiritualidad que la caracteriza: *“... la guerra y la paz. ¡Si todo fuera tan sencillo! Si en algún lugar existieran personas acechando para perpetrar iniquidades bastaría con separarlas del resto de nosotros y destruirlas. Pero la línea que divide el bien del mal pasa por el centro mismo del corazón de todo ser humano. ¿Y quién está dispuesto a extirpar un solo fragmento de su propio corazón?”*. Desde esa recóndita posición el fantasma de la guerra parece estar siempre aguardando la ocasión propicia para manifestarse como una presencia ineluctable y fatal. De modo que aunque resulte paradójica es necesario aceptar aquella simple verdad que los antiguos romanos enunciaron magistralmente: la manera más eficaz de evitar la guerra es prepararse para ella. Esto no invalida en modo alguno los esfuerzos por alcanzar la paz sino que, por el contrario, actúa a modo de un confiable reaseguro.

Prueba de lo anterior es el hecho fácilmente comprobable de que ningún país que se precie ha prescindido de sus fuerzas armadas. Por el contrario, las naciones más adelantadas destinan un porcentaje considerable de su presupuesto para mantenerlas en el mejor estado posible, tanto material como anímicamente. Ellas saben bien que más allá de la globalización, de los tratados de paz, de las alianzas existentes o que puedan constituirse y de los ingentes esfuerzos de las Naciones Unidas por preservar la paz, una agresión a sus respectivos países es siempre posible y que en ese contexto las fuerzas armadas son la última *ratio* para preservar su integridad y la seguridad de sus habitantes. Por otra parte, ¿cómo diseñar una diplomacia eficaz sin el respaldo de unas fuerzas armadas con un grado aceptable de preparación para el combate? El empleo de las fuerzas armadas –en particular las Marinas– en roles de apoyo a la diplomacia es tan antiguo como su misma existencia. No sólo por eso de *“conmigo no te metás”* sino también para entretener alianzas favorables a los intereses del país, fundamentalmente en nuestro ámbito natural que es el sudamericano, porque nadie querrá aliarse con un débil. Vivimos una época signada por los acuerdos y pactos regionales. El éxito de la Unión Europea señala un rumbo a seguir por naciones de otras latitudes, como las del Mercosur. Asociaciones de ese tipo empiezan por lo comercial y siguen por lo político que comprende a la parte militar. Luego, habrá que estar a la altura de los implícitos compromisos que todo arreglo de esta naturaleza conlleva para poder proveer a la defensa común.

Si las fuerzas armadas son en cierto modo una de las muestras más perceptibles del poder de una nación, más que un presupuesto satisfactorio y un lugar en la consideración social, deberán contar con una misión clara que oriente su dimensionamiento y composición así como fije las pautas para su adiestramiento. Esa misión debe derivar de una política de Estado, invariable en el tiempo e independiente de los vaivenes de las políticas partidarias que apliquen a su turno los sucesivos gobiernos. Sin detrimento de esa misión superior podrán asignárseles otras tareas, como habitualmente se hace, tareas que hacen a su inserción en la sociedad y que están en condiciones de cumplir con alta eficacia; entre otras, apoyo a poblaciones afectadas por catástrofes naturales o en ubicaciones geográficas desventajosas, paliar emergencias graves de distinto tipo, intervenir en situaciones extremas de disloque social resguardando la paz interior, e integrar cuerpos transnacionales de mantenimiento de paz en regiones conflictivas.

Existe actualmente una corriente de pensamiento que, de la mano de la globalización, ve en la última de las tareas nombradas el objetivo único y excluyente al cual deben dedicarse las fuerzas militares de las naciones emergentes, acompañando o secundando a las de las grandes potencias. Ello comprende no sólo el mantenimiento de la paz propiamente dicho, sino también otras tareas derivadas del concepto de que la defensa de lo nacional está supeditada a la lucha contra aquellos peligros que se ciernen sobre toda la humanidad y que se filtran de manera vaporosa a través, o por debajo o encima de las, en el fondo imaginarias, líneas de frontera: terrorismo internacional, narcotráfico y agresiones al medio ambiente, atacado irresponsablemente por la ambición de ciertos sectores de la industria. Todos ellos males al parecer endémicos del presente.

Se promueve así la internacionalización del quehacer militar con la consiguiente ampliación de escenarios y diversificación de misiones y objetivos. Nuevas exigencias se suman así a las tradicionales y ellas derivan finalmente, en lo que atañe a los integrantes de las fuerzas armadas, en un enriquecimiento extra, profesional y humano, que sumará además la satisfacción del saberse útiles aun cuando no soplen vientos de guerra en su entorno inmediato. Como contrapartida se produce un efecto no buscado que es la consecuente desnaturalización de su función.

Porque para que un militar conserve alta la moral, componente básico de su capacidad para el combate, no basta con acrecentar su bagaje de conocimientos, suministrarle un cierto grado de bienestar y elevar su reconocimiento social, por cierto muy necesarios. Debe tener ideales supremos que guíen su paso por las armas porque la suya es una profesión de idealistas. Sólo así podrán sobrellevarse las alternativas a veces penosas pero propias e inevitables que el servicio depara con suma frecuencia. Debe ir detrás de una bandera, la suya, la de su patria. La que le habla de su país, de su gente, de su historia, de sus costumbres; la que convoca sus sentimientos y emociones. La bandera de la Organización de las Naciones Unidas no es una bandera que lo identifique. Es apenas un estandarte que no le dice mucho. Y si hurga un poco más allá de los altruistas enunciados de la carta fundacional de la Organización, verá que detrás del loable y valedero esfuerzo por tratar de erradicar la violencia como forma de dirimir conflictos entre naciones, se esconden también disimuladas pretensiones de hegemonía y sojuzgamiento.

Cuando en los altos estrados de Occidente se habla de las funciones que deben cumplir las fuerzas armadas en el mundo de hoy, nunca deja de mencionarse el hecho de que su actuación sólo es válida en un contexto democrático, al cual deben una absoluta y total subordinación, concepto que está fuera de toda discusión. Pues bien, las Naciones Unidas no son una organización intrínsecamente democrática. La mayoría de las naciones que la componen no tienen democracia en sus gobiernos. Algunas son unas autocracias crueles y absolutas y sus habitantes jamás conocieron lo que es un sufragio. El Consejo de Seguridad, órgano decisivo en todo lo referente al mantenimiento de la paz, muy por el contrario, con el derecho a veto que se reservan las grandes potencias que lo integran en calidad de miembros permanentes sin interesar si cuentan o no con democracia en sus regímenes internos, conforma de hecho una aristocracia irritativa y excluyente, en la que impera el más crudo pragmatismo desconocedor de los nobles principios morales de la democracia.

Vayan los plácemes por los envíos de efectivos y unidades al exterior por las ventajas que se han tratado de esbozar en los párrafos que anteceden y como una muestra más de la inserción en esta globalización triunfante que, quiérase o no, nos envuelve a todos y que se manifiesta en aspectos muy disímiles de la vida de los pueblos y de la cual, como hemos visto, es muy difícil o simplemente no conveniente excluirse. Pero siempre que quede claro que ésa no es la misión primordial de las fuerzas armadas de la nación, sino solamente una tarea complementaria que manejará el poder político de acuerdo con las conveniencias del momento. Desde el fondo de la historia el mandato para sus ejércitos, naves y aviones sigue siendo siempre el mismo: la defensa del patrimonio argentino, herencia de nuestros mayores. Esto es lo verdaderamente nuestro, lo perdurable y nuestra responsabilidad sobre él será siempre primaria. **BCN**